

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

PROBLEMAS Y SOLUCIONES

En torno al plan comarcal urbano y otras cuestiones

EN estos días ha sido presentado a información pública el nuevo plan de ordenación urbana de la comarca de Barcelona. Todavía no hay datos precisos, pero la pérdida de valor del suelo que la nueva calificación comporta lo mismo puede alcanzar los 500.000 millones de pesetas que una cifra muy superior. Los que soportan la pérdida, o sea, los que contribuyen con ella a pagar el coste de los objetivos sociales del plan, son ciudadanos como ustedes y como yo. Ricos, pobres, viudas, menores de edad, aristócratas, tenderos, empleados y seguramente algún trabajador manual. La lista debe de afectar a bastantes miles de personas.

El proceso por el que este plan comarcal ve la luz es por demás curioso. No hay que decir que el ciudadano español, esto eterno menor de edad, no ha intervenido para nada. Ha sido cosa de una poquísima gente que ha adelantado su proyecto con poca luz y ningún taquígrafo. Algún ingeniero, aspirante a político; algún arquitecto recién graduado, con estudios en el extranjero; de algún abogado en ejercicio libre de la profesión, y muy pocos más. De todo un poco, menos ciudadanos puros y simples. De éstos ni uno. Esta reducida y selecta élite de jóvenes mesías, incurriendo costes cuya cuantía el país desearía conocer, da a luz el proyecto que los asombrados barceloneses tienen estos días expuesto ante sus ojos, por el plazo que la ley confiere para efectuar impugnaciones. Si insisto sobre los indicados detalles es porque en política está cada vez más claro que la forma es más importante que el fondo. En ningún caso puede admitirse que el fin justifique los medios.

Por las mismas o parecidas fechas el Ministerio de Hacienda ha publicado la lista de los contribuyentes por Renta. Se quiere con ello meter en vereda a los discólos. El señor ministro de Hacienda clama con mucha razón contra el fraude fiscal, esa lacra social que en principio debemos exterminar, aunque no nos conste que en las tan traídas y llevadas listas figuren todos los altos funcionarios públicos y todos los destacados políticos en ejercicio que en las mismas deberían figurar.

Aunque no lo parezca, los dos hechos reseñados están íntimamente vinculados. Empecemos por el principio.

Cuando en nuestro país se le pide a un ciudadano la colaboración fiscal se le informa —a medias— sobre el cuánto y el cómo del pago. Pero nunca se le cuenta nada del para qué, ni menos se le pide su opinión y permiso sobre algo tan decisivo como el destino que se dará a sus pagos fiscales. No se le pregunta sobre si el dinero ha de servir para una cosa o para otra. A mí, tomemos por caso, todo lo que se me pida para escuelas me parece poco y todo lo que se me pida para armamentos me parece que debe examinarse con cautela.

No es que yo quiera imponer mi criterio individual. De ninguna manera. Para discutir estas cuestiones —en cuyas discusiones, eso sí, deseo poder intervenir— casi todos los países occidentales utilizan algo tan conocido como un Parlamento elegido por sufragio universal. En él se decide por mayoría en qué se van a gastar los dineros públicos y quién los va a aportar. Este es el único estado de cosas en que el fraude fiscal no tiene justificación moral. En efecto, los tributos y el gasto público los habríamos decidido todos nosotros y no tendría sentido que fuéramos contra nuestros propios actos.

La cuestión del plan comarcal tiene un planteamiento parecido y complementario del anterior. Veamos. Al contrario de lo que me sucede con las armas yo creo, por ejemplo, que las zonas verdes y las reservas de suelo para equipamiento social son imprescindibles. Ello beneficia a todos. Sin embargo, soy consciente de que su coste es aún superior al de muchas armas. En el mundo occidental nadie se atrevería a imponer algo de esta importancia económica como no fuera debatido a fondo en un Parlamento democráticamente elegido. Aquí ha bastado la voluntad de unos poquitos de hombres, demasiado viejos los unos y demasiado jóvenes los otros, sin más refrendo que la firma de algún ministro que, cogido de sorpresa, tendría dificultades para situar la barriada de Torre Baró en un mapa.

Francamente, creo que no debemos permitir que voluntades tan exiguas en número, aunque tan voraces de mando, basten para marcar el futuro de cuatro millones de barceloneses.

Pero nuestra alarma sube de tono cuando leemos en el proyecto que «el suelo será siempre de dominio público». Esto será sólo un primer paso en dirección a la socialización del suelo. Pero, primero o segundo, es un paso bastante importante para que fuera consultado a los ciudadanos. ¿Es seguro que los barceloneses o los españoles quieren iniciar la supresión de la propiedad privada del suelo? ¿Se les ha consultado siquiera? Los Parlamentos escandinavos, con la autoridad que les confiere su implacable tradición democrática, se han tentado la ropa cada vez que han dado un paso adelante por ese camino. Los laboristas ingleses —debidamente elegidos por el pueblo, no se olvide— consideran que no cuentan con una mayoría que les autorice a tomar tan grave medida.

Aquí, de este lado de los Pirineos, en una especie de revolución enana, que podríamos llamar de Marzo (mes de aprobación provisional del plan), un puñado de tecnócratas, secundados por un par de cachorros del capitalismo más o menos desorientados, pretenden poner en marcha algo de tan capital importancia, sin que los afectados hayan sido consultados siquiera. No sé si la cosa es más absurda, o más ridícula, o más injusta.

Pero no es sólo que el plan no pase por el tamiz del sufragio y del Parlamento. Hay más. Dejando de lado las grandes cuestiones, lo cierto es que tal como están las cosas, el coste del plan lo pagan los propietarios afectados por el mismo, con la pérdida de sus terrenos. Ello equivale al pago por unos pocos de un impuesto en especie en aras del bien común, o sea, en beneficio de todos. Nadie entiende por qué un hombre modesto sin más ahorros que su parcela, la ha de perder o pagar para que un millonario, con su dinero en un banco suizo, o sea, fuera del alcance de nuestros planificadores, se fume un habano en un buen parque. que no le cuesta un céntimo. Parques sí, pero sufragados por todos los beneficiados. Por todos los que puedan, que son los que tienen, y en proporción a lo que tengan. Sólo así es justo financiar el urbanismo. Lo demás son fórmulas para que paguen justos por pecadores. Una de las reglas que Adam Smith requería para una sana tributación, regla que hasta hoy nadie ha

desmentido, exigía que las contribuciones al coste de la cosa pública no fueran arbitrarias. Pues bien, es arbitraria la contribución a un plan urbano que emana de la autoridad de unos pocos hombres que actúan al margen del pueblo, seleccionan a los contribuyentes al azar y no tienen en cuenta su capacidad económica.

Enlancemos para terminar, el plan comarcal con el fraude fiscal. Un contribuyente pierde con la enana revolución de marzo antes bautizada unos centenares de miles de pesetas en un terreno que pasa a constituir parte de un parque urbano. Este señor ha pagado un impuesto y sufre por la pérdida. Pero aún más sufre de verme a mí tomando el sol en el parque —casi diría su parque— cuando yo no he perdido ningún palmo de tierra, o sea no he contribuido al pago del parque ni siquiera con un céntimo, a pesar de que mi capacidad de pago por otras fuentes es notoria.

Todas estas incongruencias nacen en lo técnico del arbitramento de nuestra administración que en vez de aplicar una alta política de Estado, coherente y general para todos, se limita a poner parches que no resuelven nada y que justifican en cambio todos los actos de indisciplina social que se les ocurran a los ciudadanos.

La solución es el debate y estudio público de las cuestiones. La solución es la participación de todos los ciudadanos en la gestión del Estado. La solución es la ley de la mayoría con respeto por la minoría. No le demos más vueltas: en materia fiscal, en materia económica, en materia de propiedad del suelo y en tantas otras cosas, no hay más solución que un Parlamento de verdad.

Mientras no lo tengamos, mientras las medidas fiscales o urbanísticas sean la decisión arbitraria de unos pocos, el ciudadano español no tiene por qué sentirse comprometido moralmente. Y mientras esto sea así el fraude fiscal no será erradicado. Y lo que es más triste la justicia social seguirá inalcanzable, ahogada por la arbitrariedad simultánea del fisco y del contribuyente.

Ramón TRIAS FARGAS

RECURSOS LA DIFICULTAD DE HABLAR

HAY quien es taciturno por temperamento, y hay quien es locuaz, y la mayoría, como siempre, funciona en un término medio. Pero no me refiero a eso. La capacidad o la inclinación personal, en este punto, apenas cuenta en el problema. El problema es otro: el de que, objetivamente, vamos perdiendo, y cada día más, el hábito de la conversación. Generalizo, desde luego. Todavía hay gente que sabe y que puede conversar. Pero me temo que, si la cosa admitiera una valoración estadística, los resultados serían más bien deprimentes: «Hablamos» poco, y «conversamos» menos. La observación ha sido hecha en repetidas ocasiones, y con un lógico retintín: de reproche, al fin y al cabo. Y quizá, bien mirado, ésta sea una de las «críticas» menos triviales que admita nuestra sociedad. No cabe duda que, en un noventa y nueve por ciento de su volumen, la literatura «sociomasaquista» centrada sobre las formas actuales de vida, provenga de los «marxistas», de los «cuernavaquistas» o de las trincheras «ultra», acostumbra a ser estúpida, capciosa y, por supuesto, a-histórica. No disfrutamos, naturalmente, del «mejor de los mundos posibles»: a nadie se le ocurriría afirmar una tontería tan enorme. Sin embargo, una simple comparación con el pasado, con cualquier pasado, nos revela las «ventajas» del presente: modestas todavía, y mal repartidas, sí; indiscutibles, también. Con todo, el fallo de la conversación merece las mejores alarmas.

Porque la conversación era —y es, en la medida en que sigue siendo— algo muy serio. En primer lugar, porque aquello de que «hablando se entiende la gente». No es demasiado seguro que ocurra así siempre, pero tampoco deja de ser cierto que, si existe alguna posibilidad de «entendimiento», ha de tramitarse por la conversación. ¿Cómo, si no? La materia del hipotético acuerdo será esto o aquello, no importa: una encoquetada cuestión filosófica, un lío de familia, una triquiñuela política —en política, únicamente las triquiñuelas—, una compraventa... En realidad, y el dato exige ser subrayado, la conversación que se mantiene más en vigor es la del «trato» económico. «Et pour cause!». Pero incluso vale la pena de ir más allá. Pensemos en determinadas especies de conversación, cuya importancia casi intrínsecamente perversa nadie pondrá en tela de juicio: el chismorreo injurioso, por ejemplo. La entidad de «nido de víboras» que tuvieron las tradicionales «visitas» familiares o de amistad, las «tertulias» de café, la comidilla rural a la ida a la fuente o a la salida del rosario, era aún «humana». Las murmuraciones, con toda su insidia, mientras eran de tú a tú, en el caldo espeso de una convivencia inmediata, resultaban tan crueles como se quiera: su misma crueldad, en definitiva, les confería un calor de relación palpitada. En lo bueno y en lo malo, la conversación constituía el tejido «conjuntivo», el simple tejido de la sociedad.

Acabo de indicar, de pasada, unas cuantas formas de comunicación oral ya en plena decadencia. Los cambios que experi-

mentan nuestros modos de comportamiento colectivo descartan la venerable institución de la «visita». Las «visitas» están en crisis, como las Cuarenta Horas, los Novenarios y el Mes de María, y probablemente por idénticas razones prácticas. Se pudo comprobar, con cifras aproximadas, en los años cincuenta: el cine —un cine de barrio— disputaba su clientela a la liturgia, y hasta a la piedad, y a las efusiones de la parentela, tanto si se presentaban afectuosas como si tendían a la ira. Las «tertulias», en sitios públicos, no resultaban rentables para quienes regían la industria del asiento y el bebestible: los cafés han sido sustituidos por cafeterías, y cómo conversar de pie, ante la barra concurrida, o en sillitas incómodas, en un pasillo incómodo, con la mirada hostil e impaciente del camarero encima? Y desaparecieron las demás citas arcaicas, donde charlar aún era un eficiente. La conversación, hoy, carece de sitio. Y lo que es peor: carece de tiempo. La inmensa prisa en que todos estamos sumidos no permite otra cosa: únicamente un saludo tangencial, cuatro palabras anodinas, puede que un conato de discusión, y sanseacabó. La palabra queda colgada en el aire. He asistido a comidas «conversables» —sólo justificadas por la conversación— que se interrumpían en su momento más vívido porque los interlocutores tenían que marcharse a hacer otra cosa...

Nunca talten «cosas» por hacer. Un examen del horario de las muchedumbres urbanas nos situaría, limpiamente, frente a la «imposibilidad» de conversar. Leo en un papel que el norteamericano medio dedica más de mil quinientas horas por año a su automóvil: entre conducirlo y pagarlo, y sin contar con la eventualidad de un estropicio que comporte ratos supernumerarios de hospital —tal vez semanas enteras— o de juzgado. Más o menos, el planteamiento es éste en todas partes, y con tendencia a que los cálculos se acerquen al módulo yanqui. Hasta cierto punto, la carretera y la conversación son compatibles. No mucho, de todos modos. ¿Y qué decir del metro, o del bus? Nada hay más siniestro que el silencio de un vagón de tren subterráneo repleto de viajeros... Y estos trayectos, obligados por el ejercicio laboral, aun siendo breves, representan un paquete impresionante de «mutismo». En los domicilios, de clase media para abajo, la diversión cotidiana y gratuita es el televisor: con una frecuencia nada fácil de medir, pero obviamente próspera, el altavoz de la pequeña pantalla inhibe las voces de la intimidad conyugal y paternal. Los novios, para agotar sus tardes de galanteo forzoso, se meten en un cine, y en su penumbra se arullan menos con la palabra que con otros trucos de elusión. Y no digamos los chicos: sea en el bailongo suburbial o en la discoteca sicodélica, fluyen entre el ruido absoluto. ¿Hablar? ¿De qué? ¿Para qué?

Recargo adrede las tintas. Pero no me excedo. En las áreas provincianas, y en las resueltamente rústicas, las resistencias se sostienen, pero con dirección a diluirse. Y el fenómeno —di-

gamos «fenómeno»— no ha de achacarse, por principio, a las máquinas de mediación sonora que nos aprietan. ¿Cuándo publicó Sinclair Lewis su «Babbitt»? Recuerdo vagamente esta novela: una importante novela, históricamente considerada. Babbitt era el norteamericano «medio» anterior a los transistores y a la televisión: se limitaba a leer, o a hojear, el periódico matutino, durante el desayuno. Los «babbitts» ya no conversaban. Con el muchacho que les proveía de gasolina para el coche, con sus vecinos, con el mismísimo lechero, con sus compañeros de oficina o de consejo de administración, se limitaban a repetir como loros lo que habían leído en el diario. Cruzar frases hechas no es conversar. Ni lo era con las frases hechas antiguas, de la raíz consuetudinaria, y Cervantes se burló amablemente de esa maniobra, al caricaturizar a Sancho. Habría mucho que decir en este sentido, con los refranes. Pero la paleontología aún se prestaba a manejos alegres. No así la lectura de la prensa, y bastante menos la fascinante parlada —con acompañamiento gráfico— de la televisión. Los «infra-babbitts» de mi archidiócesis, que no son una excepción, hablan, cuando hablan, por boca de ganso: reptan lo que oyeron, sin más. El drama de las «democracias» actuales es que el concepto de «democracia», según los clásicos, no tiene en cuenta la tele, y según los pillos, y con la sartén por el mango, sí. En las cátedras correspondientes, de Derecho Político, además de la «teoría», tendrán que explicar la «práctica». Supongo.

No hay ocasión de «hablar»: de hablar unos y otros, en cualquier trama de debate espontáneo. El diálogo posible y plausible se convierte, a lo sumo —si hay suerte— en una sencilla contemporaneidad de monólogos. Tres, quince, veinte monólogos simultáneos no son una conversación. El monólogo puede ser un panfleto, una lección académica, un libro, una conferencia, un artículo —¡ay!— como éste, un insulto formidable. El diálogo es una polémica, que, normalmente, se resuelve en una «conversación de sordos», en una «conversación tipo «método» Ollendorff». El «causeur» con «charme» ya no cuenta con plataformas y un género literario tan ilustre como precario se desvanecen: Sócrates y Francisco Pujols, al parecer, en las orillas del Mediterráneo, podrían representar el cabo y el rabo de una aventura oral, con independencia de lo que en ella dicesen de sí el uno y el otro, o de lo que Platón y Josep Pla nos hayan transmitido como amañados. Pero tampoco era eso. La conversación no tolera «divos»: tenores o barítonos. El otro, en la conversación, es un igual: un interlocutor. Y que habla o charla por su cuenta y riesgo con los demás, que, por descontento, hacen otro tanto. Y de viva voz. Eso, insisto, está por terminar. Como Dios no le ponga remedio. Y sin el recurso de conversar, ¿qué nos espera? Me lo pregunto.

Joaquín FUSTER

¡¡ APROVECHE !!
"CRESTA"

Líquida sus existencias de papel pintado, desde
20 PTAS. ROLLO DE 10 METROS

Enamorado, 36 y Galileo, 278. Tels. 225-18-04 y 245-95-50

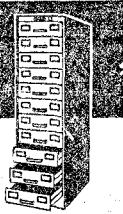
SOLER
MUEBLES
METÁLICOS

Muebles de acero incombustibles: mesas, sillas, archivadores, estanterías, tresillos, roperos, etc.

Módelos patentados

ARCAS Y BASCULAS SOLER, S.A.

Rambles Cataluña, 16 - Tels. 221 48 61 - 242 24 83



PEDRO ROVIRA
COSTURA

Liquidación modelos Boutique y Alta Costura

Rambles de Prat, 7, 1.º piso

Tel. 227-15-32